

ESTUDIOS

Si conocieras el don de Dios... Teresa, Samaritana

OLGA DE LA CRUZ, CD
Carmelo de Loeches (Madrid)

«Sírvese su Majestad de todo, que si algo bueno va aquí, bien creeréis que no es mío, pues ven las hermanas con la prisa que lo he escrito, por las muchas ocupaciones. Suplicad a su Majestad que yo lo entienda por experiencia» (MCC 7,10).

INTRODUCCIÓN

«Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré...» (1M 1,1) ¹.

Y lo que *se me ofreció* ² fue la figura de una mujer, samaritana por más señas, que en las horas centrales del día, cuando más aprieta el calor, llegó trabajosamente a un pozo para sacar el agua con que apagar su sed. Había allí un hombre que le pidió de beber y le

¹ TERESA DE JESÚS, 1M 1,1. Citamos por la edición de *Obras Completas*, EDE, Madrid 2000, ateniéndonos a sus siglas.

² Para no citar en demasía parafrasearé en el texto expresiones teresianas escribiéndolas en cursiva.

ofreció un agua distinta que saciaría para siempre su sed. El encuentro tuvo un inesperado desenlace: el judío conquistó a la escéptica samaritana con unas palabras extrañas, «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú a él y él te daría agua viva.» (Jn 4,10)³.

Teresa de Jesús sentía una especial predilección por la Samaritana. La cita en casi todas sus obras, incluido el *Vejamen*, donde en un delicioso pasaje lleno de ironía, la propone a Fray Juan de la Cruz como una buscadora de Dios que no estaba precisamente *muerta al mundo* cuando le encontró.

Teresa ha buscado a Dios o, mejor dicho, es Dios quien la ha buscado a ella, desde su infancia con aquel «para siempre, siempre, siempre» que la introducía en el deseo de las cosas eternas e iba calando en su interior como una lluvia menuda, imprimiéndole *el camino de la verdad* (Cf. V 1,5).

Aquel Dios, *que no dejó nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra* (cf. V 1,8), con el que jugó al escondite durante una gran parte de su vida, en un baile de encuentros y desencuentros que casi la destruyó. Hasta que un día, ya muy cansada (cf. V 9,1), llegó junto a una fuente donde bebió, bebió en abundancia, experimentó esa *borrachez divina* de la samaritana (cf. MCC 7,6) y, como ella, salió en busca de otros a los que comunicar tan precioso don.

«Así está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene a ella empapada en sí, querría bebiens los otros, pues a ella no la hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios». (V 30,19).

En este artículo trataré de explicar la experiencia del amor de Dios en Teresa de Jesús, apoyándome en la Samaritana joánica, símbolo y personaje real, porque creo que ella misma en alguna manera, se vio reflejada en aquella mujer de Samaria de la que nos habla, no sólo con afecto y cercanía, tan plásticamente como si la hubiese conocido, sino como alguien que ha meditado, ha orado su propia vida en la figura de otro.

³ Las citas bíblicas están tomadas de L. A. SCHÖKEL Y J. MATEOS, *Nueva Biblia Española*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1975.

¡OH, QUÉ LENGUAJE TAN DIVINO ÉSTE PARA MI PROPÓSITO! (MCC 7,1)

Teresa de Jesús es una mujer profundamente arraigada en la Sagrada Escritura, lo cual no deja de ser sorprendente si tenemos en cuenta que nunca ha tenido una Biblia completa en las manos y menos en una lengua que pudiera entender⁴. Como en todos los grandes místicos cristianos la Biblia ha impregnado su lenguaje, especialmente los Salmos, el Cantar de los Cantares, las epístolas de San Pablo y, por descontado, los evangelios. La Palabra de Dios penetró en su interior y fue asimilada de tal modo que se hizo parte de su propio ser; no es pues de extrañar que, cuando escribe, broten de su pluma con toda naturalidad las citas bíblicas, más o menos literales, pero con un sentido nuevo y original desvelado por su experiencia mística.

De conocer a conocer va mucho

Es el suyo un conocimiento que va más allá de las lecturas, los sermones que ha escuchado o las consultas a teólogos; es un conocimiento amoroso y experiencial que crece cuando crece el amor: «Cuando se ama lo que de algún modo se conoce, el mismo amor hace que mejor y más perfectamente se conozca»⁵. Amor y conocimiento han ido creciendo a la par, en la fecunda soledad poblada, al calor del diálogo constante *con quien sabemos nos ama*.

Metida Teresa en las séptimas moradas, intenta darnos a conocer la diferencia que existe entre *leer* los versículos del evangelio según San Juan referentes a la inhabitación trinitaria (Jn 14,23) y *vivirlos* en propia carne: «¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son!» (7 M 1,7).

⁴ Por supuesto que, antes que los Índices de libros prohibidos se lo impidieran, Santa Teresa tuvo un acceso directo a los textos de la Sagrada Escritura utilizando las fuentes a su alcance. Se ha publicado bastante sobre el particular; para una visión global y sencilla puede consultarse el *Diccionario de Santa Teresa*, TOMÁS ÁLVAREZ (ed.), Monte Carmelo, Burgos 2002.

⁵ S. AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de S. Juan*, Tratado 96,4, BAC 165, Madrid 1965, 437-439.

Esta mujer *osó poner por escrito* (cf. MCC prólogo n.º 2) *lo que el Señor le daba a entender del sentido de algunas palabras* de un libro tan controvertido en su tiempo como el Cantar de los Cantares —¡nada más y nada menos!— con una audacia pasmosa, sin miedo a hablar del amor, del *hirviente amor* (MCC 1,5) que ella, Teresa, sentía por Jesucristo. Su comentario, aunque sea de unos pocos versos, se inscribe en el contexto de la gran tradición de interpretación alegórica judeo-cristiana que desde Orígenes, pasando por los padres latinos y S. Bernardo llega a Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Lo escribe para que nosotros, los que seguimos el camino de la oración, gustemos de tan divinas palabras, *como dichas de tal boca* y podamos comprender *algunas cosas de lo que pasa entre el alma y nuestro Señor*. Solo nos pide, cariñosamente, en recompensa, que acojamos su *pobre donesito de quien os desea todos los del Espíritu Santo como a sí misma*. (MCC prólogo n.º 3). Su deseo se ha visto cumplido, al menos en lo referente a ella, pues es el Espíritu Santo quien la ha hecho crecer en la comprensión de las palabras transmitidas por la Iglesia, contemplándolas y repasándolas en su corazón, comprendiendo internamente los misterios que vivía⁶.

Se ha afirmado, incluso, que «se trata de la exégesis sapiencial y experimental de estos textos en la historia de su interpretación por parte de la Iglesia»⁷; tal y como insinuamos a propósito del Cantar de los Cantares.

El amor por la Sagrada Escritura que Dios dio a Teresa es, sin duda, una de las mayores *mercedes* que pudo haberle hecho; el propio Cristo le recuerda que: «No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes»(V 40,1) ¡Teresa eterna deudora de tan gran Dios!

En la Biblia encontramos la oración de hombres y mujeres creyentes, que han dialogado con Dios desde la propia vida, en la historia que les tocó vivir. Santa Teresa nos ofrece también esta experiencia oracional, que podemos calificar de bíblica, en sus obras.

⁶ Cf. Constitución Dei Verbum n.º 8, en adelante DV.

⁷ Cf. JESÚS CASTELLANO, *Espiritualidad Teresiana. Experiencia y doctrina*, en ALBERTO BARRIENTOS (ed.), *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, EDE, Madrid 2002, 186-190.

La orante, Teresa de Jesús, nos enseña a *tratar de amistad* con la Palabra viva de Dios, presente en la Escritura.

¡Afortunados nosotros que podemos, si queremos, aprovecharnos cada día de un tesoro tan incomparable y saciar nuestra sed en tal fuente!

Intuiciones teresianas, palabras del Concilio

El Concilio Vaticano II nos regaló preciosos textos, de emocionante lectura, alimento para la oración y estímulo para la vida cristiana. Tengo una especial predilección por la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación (DV); muchas veces me pregunto qué hubiera sentido Teresa de Jesús si hubiera podido leer textos tan iluminadores como éstos de la *Dei Verbum*; ella que, en el título del primer capítulo de su obra *Meditaciones sobre los Cantares*, nos revela su actitud interior frente a la Biblia pues nos dice que «trata de la *veneración* con que deben ser leídas las sagradas escrituras».

«La palabra de Dios expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres» (DV13).

El Concilio ratifica la experiencia de los místicos: en la Sagrada Escritura Dios se encarna en palabras humanas como Cristo se encarnó en un hombre. En el siglo XVII lo expresó, de una manera atrevida, Angelus Silesius: Lo inefable que se suele llamar *Dios se entrega en una Palabra para que le hablemos y conozcamos*. Muchos años antes gracias, paradójicamente, a la prohibición de leer libros espirituales en romance, Santa Teresa comprendió que Cristo era el *libro vivo*: «Su majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!» (V 26,6).

Podríamos comparar los números 22 y 25 de la DV con las diatribas vertidas por el teólogo Melchor Cano sobre el mismo tema, la lectura de la Biblia por parte de los fieles. Así mientras los primeros proclaman que «los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura...», recomiendan insistentemente a todos los fieles y

en especial a los religiosos la lectura asidua de la Escritura para adquirir la ciencia suprema de Jesucristo y nos recuerdan que «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo (San Jerónimo)», nuestro teólogo advierte que: «Por más que las mujeres reclamen con insaciable apetito comer de esta fruta (la lectura de la Biblia) es menester vedarla y poner cuchillo de fuego para que el pueblo no llegue a ella»⁸.

¡Pobre Teresa!; cierto que fue el miedo el que dictó palabras tan inflamadas, miedo a la expansión de la Reforma protestante en España, miedo que hizo olvidar al bueno de Don Melchor la advertencia de San Jerónimo, miedo que no impidió a Santa Teresa adquirir la *ciencia suprema de Jesucristo* para bien de la Iglesia.

«Es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma...» (DV 13).

¡Cómo se hubiera *regalado* nuestra Teresa con estas palabras! Ella, que ha probado tantas veces a lo largo de su vida el poder y la fuerza de la palabra de Dios...

En los momentos de angustia, cuando arreciaba la *persecución de los buenos* que *decían demonio donde deberían decir Dios*, la Palabra aseguraba, daba fuerza, dejaba sosiego y luz, *palabras que son obras, que fortalecen la fe y aumentan el amor* (cf. V 25,18), palabras que resuenan en el interior: «Con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas...vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña...» (V 3,5).

La verdad de cuando niña se transforma en Teresa adulta en la única Verdad: Jesucristo, el Verbo encarnado, quien le revela que «todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella» (V 40,1). Al oír estas palabras de *boca de la misma Verdad*, nos narra Teresa, quedó con *grandísima fortaleza* para cumplir con todas *sus fuerzas* la más pequeña parte de la Escritura divina (cf. V 40,2).

⁸ MELCHOR CANO, *Censura al Catecismo de Carranza*, citado por TEÓFANES EGIDO, *Ambiente histórico*, en ALBERTO BARRIENTOS (ed.), o.c.,130-131.

⁹ JESÚS CASTELLANO, o.c., 187.

Realmente, como dice Jesús Castellano⁹, no se encarecerá nunca bastante el lugar privilegiado que ocupa la Biblia en la espiritualidad teresiana.

Una mujer bíblica

Podríamos acumular citas sobre el amor de Teresa a los evangelios (cf. CV 21,4), las innumerables resonancias bíblicas que jalonan sus escritos, la constante presencia en su pensamiento y en su corazón de aquellos «nuestros padres santos pasados, ermitaños, cuya vida pretendemos imitar...» (CV 11,4) que vivían «meditando día y noche la ley del Señor» según la Regla primitiva de nuestra Orden, texto tan inspirador en la fundación de San José (cf. V 35,2) y, desde luego, el lugar primordial de la Palabra de Dios en el discernimiento de las situaciones conflictivas de su vida, donde el criterio básico era *que fuesen conformes a las Sagradas Escrituras*, aunque tuviera que ser por mediación de *letrados* (cf. CC 53 n.º 9, V 13,16) pero lo expuesto es ya suficiente *para mi propósito*.

Me interesa más destacar que esta sintonía vital con la Palabra de Dios resulta muy actual para nosotros, *espirituales* del siglo XXI, educados en la lectura existencial de la Biblia; tal vez por ello la lectura de sus obras nos resulta tan intemporal. Sus escritos son, al fin y al cabo, *palabra de Dios en el tiempo*, según afortunada expresión de Salvador Ros¹⁰. A veces ella misma parece convertirse en un personaje bíblico, por ejemplo en los capítulos 3 y 4 del *Libro de la Vida*, cuando Teresa de Jesús, cual nuevo Jeremías, es *forzada* por Dios a hacerse *fuerza* para ser monja (en solo un par de páginas de gran viveza expresiva, encontramos hasta ocho veces el término fuerza, forzar, etc...).

Pero es que, además, Teresa habla con Dios como con un amigo al modo de Abraham, cara a cara como Moisés, pidiendo, desagraviando, intercediendo, reprochando incluso a Dios el trato que da a

¹⁰ Lo oí de sus labios en 1999 y me quedó *imprimido*, como diría Santa Teresa, hasta el día de hoy.

su propio Hijo (cf. CV 33,3 y ss.), en la línea de los grandes profetas veterotestamentarios. Prorrumpe en alabanzas, requiebros amorosos, expresa a Dios su gratitud, sus deseos, sus dolores; le atribuye la autoría *de todo lo bueno que escribe*, distinguiendo entre lo que es palabra de ella (*dicho de mí*) y lo que le dice su *Maestro celestial* (*esto entendí, me dijo el Señor*) ¡Con cuanta razón se han bautizado las «Exclamaciones» como *salmos teresianos*!

Saúl, David, Salomón, Judas, San Pedro y San Pablo (por solo citar algunos), se transforman en *personajes teresianos* por obra y gracia de una mujer dotada de un certero instinto, una aguda sensibilidad bíblica, muy cercana a la de nuestras más renombradas teólogas.

María, Marta, Magdalena, la Samaritana..., tipos bíblicos tan estudiados hoy, de los que tanto se ha hablado y escrito, esos iconos bíblicos tan de moda en los últimos tiempos¹¹, eran sus favoritos. Entre las mujeres evangélicas con las que más se identifica destaca la mujer de Samaria, con la que muestra una singular empatía: «¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, y así soy muy aficionada a aquel evangelio. Y es así, cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estaba siempre, con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam.*» (V 30,19).

TERESA DE JESÚS Y LA SAMARITANA

En el monasterio de Carmelitas Descalzas de la Encarnación de Ávila se conserva un cuadro que, dicen, pertenecía a D. Alonso,

¹¹ Como puede verse en: Congreso Internacional de la Vida Consagrada, *Pasión por Cristo, Pasión por la humanidad*, Roma 2004 y JOSEP M. SOLER OSB, *Buscar a Dios —Sed de Dios—. El icono de la Samaritana, Monacato, Pasión por Dios y los hombres*, Sevilla 2007.

¹² Al hacer referencia al cuadro que se encuentra en el museo del monasterio de Carmelitas Descalzas de la Encarnación de Ávila sigo a casi todos los autores carmelitas, desde el P. Silverio de Santa Teresa, «La Santa escribe: *Domine da mihi aquam*. Estas palabras pudo verlas la Santa en un cuadro que tenían sus padres, en cuya parte inferior se leen. Al morir D. Alonso, pasó a la

padre de Teresa¹². En él aparece Jesús, un tanto hierático, y la Samaritana, con más aspecto de veneciana del siglo XVI que de mujer oriental; en todo caso, una imagen poco realista ¡gustos distintos para tiempos distintos! También el primitivo convento de San José contaba con su recuerdo del pasaje del evangelio según san Juan: una ermita de la Samaritana *junto a un pozo de agua viva muy*

Encarnación, donde actualmente se venera» (OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS, BMC T. I, Burgos 1915, 247), pasando por el P. Daniel de Pablo Maroto quién cita al P. Silverio y anota que dicho cuadro se veneraba en la habitación de estar de su padre (TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, EDE, Madrid 2000, 201), hasta llegar al reciente estudio del P. Román Llamas, *Biblia en Santa Teresa*, EDE, Madrid 2007, 33.

Todos estos autores identifican el cuadro al que parece aludir el pasaje de V 30,19 con el que se muestra en el museo de la Encarnación. Ahora bien, el cuadro parece ser una copia de «Cristo y la Samaritana», obra de Paolo Caliari más conocido como el Veronés; se puede comprobar simplemente comparando los dos cuadros: la samaritana es idéntica, el cubo, el pozo, la posición de Jesús, su actitud, el ropaje, la composición paisajística etc.

La vida del pintor de Verona transcurrió entre 1528 y 1588, tenía solo siete años de edad cuando Teresa de Jesús dejó la casa paterna para ingresar en la Encarnación; la obra citada, «Cristo y la Samaritana», es una obra de madurez que forma parte de una serie de lienzos, conservados en el Kunsthistorisches Museum de Viena, con episodios del Antiguo y Nuevo Testamento. El Veronés pintó la escena evangélica del pozo de Jacob alrededor de 1585, según la datación del museo vienés (entre 1580 y 1582 según la *Enciclopedia de los Museos, Museo de Historia del Arte de Viena*, Argos, Barcelona, 1973, 76) y Teresa de Jesús muere en 1582; por lo tanto resulta inverosímil atribuir la posesión del cuadro de la Encarnación al padre de Santa Teresa o creer que ella pudiera haberlo visto, si es que el cuadro es la copia de la obra de Veronés que parece a todas luces ser.

Por otra parte, hay quien interpreta que el pasaje de V 30,19 no se refiere necesariamente a un cuadro que Teresa viera en su infancia, así Antonio Cea Gutierrez: «La afición a las estampas le viene, creo, también por asociación infantil y esto se advierte claramente en el pasaje sobre la samaritana; no sabemos si el recuerdo refiere a una estampa de pared o estaba en un libro de oraciones...» (*Modelos para una Santa. El necesario icono en la vida de Teresa de Ávila*, en Rev de Dialectología y Tradiciones populares, Vol. LXI (2006), 24-25)

Podríamos incluso preguntarnos si Teresa se está refiriendo, en el texto mencionado, a etapas posteriores de su vida, como cuando hizo pintar «un lienzo con el misterio» en la ermita de la Samaritana de San José de Ávila o a la estampa que solía llevar en su breviario.

Sea como sea, si Teresa de Jesús contempló algún cuadro de Jesús y la Samaritana cuando era una niña, cuadro que la hizo orar, soñar, suplicar el agua viva desde su infancia, todo parece indicar que no pudo ser el que se encuentra en el museo de la Encarnación de Ávila.

*buena y suave y pintado en un lienzo el misterio*¹³; hasta en su breviario llevaba una estampa con la imagen de Jesús y la Samaritana...

¡Verdaderamente le gustaba aquella mujer! Y no es de extrañar, en realidad tenían muchas cosas en común.

«*Lo que me espanta a mí es ver cómo la creyeron, una mujer; y no debía ser de mucha suerte, pues iba por agua*» (MCC 7,6)

La Samaritana era una mujer en un tiempo y lugar donde las mujeres no eran nada. Un buen judío tenía muy presente el consejo del rabí José Ben Yohanán (hacia 150 a.c.), que recomendaba no hablar con ninguna mujer, ni siquiera con la propia, porque *todo el que habla mucho con mujer, se atrae la desgracia, abandona las palabras de la Torah y al final hereda el infierno*¹⁴. Lo curioso es que esta *norma de virtud*, por llamarla de alguna manera, está puesta al lado de otras que sí lo son, como acoger a los pobres, ser hospitalario con todos, etc... Algo parecido encontramos en la famosa oración del judío ortodoxo: dar gracias a Dios cada día, cosa muy loable, *porque no me has creado como no israelita, ignorante y ¡mujer!* naturalmente. La mujer de Samaria pertenecía a una región heterodoxa y despreciada, raza de sangre mezclada, infiel; tanto como podía serlo una descendiente de judeoconvertos en la Castilla del siglo XVI donde, por cierto, cualquier mujer aunque perteneciese a una acreditada familia de cristianos viejos vivía una situación de exclusión social en la práctica.

Jesús de Nazaret era un hombre distinto de los demás que no sólo pasó por Samaria, pudiendo ir por otro camino, porque *tenía* que hacerlo, sino que además habló con una mujer, casada o de vida irregular, que es peor, en un día de calor a la vera de un pozo. Por eso se sorprendió la Samaritana, porque era *un varón sin animosidad* (hacia la mujer evidentemente) tal y como le llama Hanna Wolff¹⁵, tal y como le describe Teresa de Jesús: «Ni aborrecisteis,

¹³ Citado por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS Y OTGER STEGGINK, *Tiempo y Vida de Santa Teresa*, BAC, Madrid 1996, 240-241.

¹⁴ Citado por JOSEF BLANK, *El evangelio según S. Juan*, Herder 1984, 311-312.

¹⁵ Citado por JOSEF BLANK, o.c., 340-346.

Señor de mi alma, cuando andabais por el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres [...] ¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga por vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloremos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa [...], porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres» (CE 4,1).

Aunque se trate de una cita muy conocida, merece la pena releerla y meditarla despacio. En primer lugar para ver lo lentamente que cambian las cosas: desde los tiempos de Jesús a los actuales, y en segundo lugar para asombrarnos, con enorme gratitud (al menos es lo que me pasa a mí), ante la grandeza de ánimo de esta mujer, encuadrada en un ambiente social semejante, que sabía muy bien lo que decía cuando se asombraba de que *creyeran a una mujer*. No nos desanimemos ¡que todos los tiempos son *tiempos recios*!

Volvamos ahora a nuestra escena: entre el judío y la mujer de *no mucha suerte*, según la deliciosa expresión de la Santa, se va a desarrollar un diálogo lleno de equívocos, suspicacias, ironías y frases de doble sentido que conducirán a un rendimiento total de la mujer. Jesús se nos muestra aquí como un consumado seductor, buen conocedor del corazón humano y sus anhelos más profundos. La historia, exquisitamente tejida, está cargada de símbolos e imágenes que hablan en el interior del lector atento, mejor aún del lector orante:

— *El pozo*, figura de la Ley, es también lugar de encuentros amorosos en el Antiguo Testamento, como en las historias de Isaac, Jacob y Moisés (cf. Gn 24,11; 29,10 y Ex 2,17), donde los jóvenes patriarcas encuentran a su futura esposa junto a un pozo.

— *La hora sexta* evocadora del momento en que Jesús condenado a muerte termina su camino (Jn 19,14), la hora de Jesús, hora de plena luz, la hora elegida por Él para encontrarse con cada uno de nosotros en el camino de la vida.

— *El agua viva*, agua que mana y corre naturalmente, agua fresca, de manantial, tan diferente del agua estancada. ¡Qué rico simbolismo el del agua!, uno de los favoritos de Santa Teresa, imagen omnipresente en los textos bíblicos, desde los salmos hasta los profetas, y en los bellísimos himnos de influencia gnóstica conocidos como «Odas de Salomón»¹⁶:

«Cargaos de agua de la fuente viva del Señor,
porque ha sido abierta para vosotros.
y venid todos los sedientos y gustad la bebida,
y encontraréis reposo en la fuente del Señor.

Porque es hermosa y pura
y serena el alma.
Su agua es mucho más dulce que la miel
y el panal de las abejas no se le puede comparar.
Y es que brota de los labios del Señor...»

Agua que brotó del costado abierto del Señor (Jn 19,34), agua que ofrece a los sedientos, agua del Espíritu. Jesús aparece como la plenitud de la Ley, el nuevo templo, el Hijo que nos hace hijos, la fuente de agua viva que nos permite adorar al Padre en espíritu y verdad¹⁷.

No es este el lugar para profundizar en la exégesis de la perícopa evangélica; hay excelentes comentarios bíblicos que ayudan a una mejor comprensión del texto. Pero sí quisiera fijarme en algunos de sus elementos. Se trata de una escena nupcial, un encuentro que acaba en boda, es decir en una alianza nueva y definitiva. Jesús es el esposo (Jn 3,29) que seduce de nuevo a la esposa infiel, eco de la mujer de Oseas (Os 2,16-25), llevándola al desierto: Jesús y la Samaritana solos, en descampado, a plena luz del día. Agotado del camino, Jesús es vulnerable, está necesitado, da el primer paso e inicia la conversación pidiendo...

¹⁶ Ib, 314.

¹⁷ Cf. JUAN MANUEL MARTÍN MORENO, *Personajes del 4.º Evangelio*, UPCO-Desclée de Brouwer, Madrid-Bilbao 2002, 116-131.

«Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí» (V 9,4) dirá la joven Teresa de Ahumada de su manera de orar, en uno de los momentos más bajos de su vida, cuando *se le representaban sus grandes pecados* (cf. ib). ¡Buena intuición la de Teresa!; está claro que Jesús sabía cómo acercarse a las mujeres pecadoras, derribando los muros de la vergüenza, el desengaño, la desesperación incluso, pidiendo algo que estaban en situación de darle, agua en el caso de la Samaritana.

El agua es el elemento vital por antonomasia, sobre todo donde es escasa; donde hay agua surge la vida; dar agua es símbolo de acogida y hospitalidad. Jesús tiene sed de vida, pide ser acogido por los marginados pues ha sido rechazado *por los suyos*, reclama la adhesión vital de la mujer sin nombre. Ella no se atreve, se aferra a lo único que conoce y le da seguridad: el pozo de sus antepasados, el cubo, el cántaro... ¿cómo si no sacaría el agua?, ¿cómo va a sacarla Él? No quiere ver que su vida está destruida, es una mujer insatisfecha que ha bebido de cinco pozos, adora cinco baales¹⁸ y no ha logrado saciar su sed de amor.

El judío desconocido del pozo va a cautivarla *con el agua que brota de sus labios*, unas palabras misteriosas estimulan su curiosidad: *si conocieras el don de Dios...* Percibe que hará cualquier cosa por ella, para ganarla, que la ha estado esperando bajo el ardiente sol del mediodía, la esperará siempre, sólo tiene que abrir los ojos a la luz para descubrir su propia necesidad, «Sea bendito por siempre, que tanto me esperó» (V prólogo 2).

La mujer samaritana no conoce el don de Dios, que no distingue entre hombres y mujeres, samaritanos y judíos, no imagina que pueda existir la gratuidad, nunca ha experimentado el amor del verdadero Dios. Jesús, el don de Dios, no le ofrece cosas, se ofrece a sí mismo; es un hombre apasionadamente enamorado de la humanidad, de cada uno por su nombre, de ella, mujer despreciada solo

¹⁸ El término baal se emplea en su doble acepción de ídolo y marido, así cuando Jesús menciona los cinco maridos de la samaritana y el de ahora que no es su marido, hace alusión a 2 Re 17,24-41 donde se narra el origen de la idolatría de los samaritanos: cinco ermitas de dioses y el culto a Yahvé no auténtico (el sexto marido)

por serlo, impura por samaritana, buscadora incansable por caminos equivocados de una felicidad efímera y barata.

Del encuentro con Cristo nacerá una mujer nueva, un Amor que hace que todos los demás amores parezcan «palillos de romero seco» (CC3 n.º 1), una *vida nueva*:

«La de hasta aquí era mía. La que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía. Porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí» (V 23,1).

La historia de la Samaritana es nuestra propia historia, la de la mujer y el hombre que temen el amor exigente y comprometido, prefiriendo la relación pasajera y superficial. La del que va por la vida con la afectividad a flor de piel, desbordada, sin canalizar, dispersando fuerzas en «esotras aficiones bajas que le tienen usurpado el nombre [al verdadero amor]...» (CV 6,7); situación muy peligrosa porque «poco a poco quita la fuerza a la voluntad para que del todo se emplee en amar a Dios» (CV 4,5).

Jesús es el séptimo y definitivo marido, lo demás son vanos intentos por buscar una solución fuera de Él, al igual que Samaria, que «había traicionado a Dios, el esposo del pueblo, buscando otros apoyos»¹⁹ y «no le hay que sea estable sino Dios» (V 39,19).

Esta fue la experiencia de Teresa de Jesús.

«Teman que no han topado con el agua viva que dijo el Señor a la Samaritana» (F 31,46)

Esta referencia al personaje joánico se encuentra en el capítulo final del *Libro de las Fundaciones*, puesto que el capítulo 32 constituye una especie de apéndice a la fundación de San José. Lo escribe en el último año de su vida, 1582, en la plena, radiante madurez de su experiencia amorosa con Cristo. Las palabras contenidas en este número 46 resultan tan verdaderas, tan actuales, como cuando

¹⁹ Cf. J. MATEOS Y J. BARRETO, *El Evangelio de Juan*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1971, 231-253.

fueron escritas; habla de la alegría, la felicidad que se encuentra en la relación *a solas* con Él.

Si no te basta Jesucristo, viene a decir, si la relación con los demás no parte de Él y tiene en Él su centro, sino que andas buscando, mendigando, múltiples relaciones, novedades y siempre apeteciendo otras, dispersa, dividida... ¡Atención! porque no has encontrado el *agua viva*; no eres de esas personas «mostradas a estar en las corrientes de las aguas de su Esposo, que, sacadas de allí a ver las redes de las cosas del mundo, verdaderamente no se vive hasta tornarse a ver allí». Allí es «con Él», estar con Él, único y auténtico fundamento de la clausura en la vida contemplativa.

Dirás, podría apostillar Santa Teresa, que no haces nada malo, que todos lo hacen, que nos *escandalizamos sin tener por qué* (cf. V 7,9); buscas excusas, vives esclava de tu afectividad derramada. Mira que «esto entiendo de experiencia» (F 31,46) porque lo he vivido y «me hace gran lástima que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos (y no una vez, sino muchas)..., según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo; y tan mal entendido a lo que están obligadas, que plega a Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía. Y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano» (V 7,4).

Esta es la situación, que padece con frecuencia, el ser humano en la época postmoderna, en la vida consagrada y fuera de ella, es la era del relativismo, del *todo vale*, en virtud de una falsa tolerancia. Vivimos en un mundo donde la experiencia se define como probarlo todo y no asentar en nada, siempre fuera de nosotros, aturcidos por el ruido, la velocidad con que todo cambia a nuestro alrededor, sin penetrar jamás en nuestro interior donde no esperamos hallar nada porque, todo lo que reclama nuestra atención está fuera.

Aunque hoy los estímulos se han multiplicado, es un problema tan antiguo como el mundo; hace ya miles de años Dios habló así a su pueblo: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses rivales míos. No te harás ídolo [...] No te postrarás ante ellos ni les darás culto» (Ex 20,1-5).

Dios nos sigue hablando y recordándonos que nos hizo libres y no esclavos, no hay más que escuchar el eco de su voz en nuestro

corazón, pero nosotros vivimos de rodillas ante el ídolo de la afectividad, que nos hace tan frágiles y vulnerables. Desnudos, vamos *mostrando el alma a lo que es causa de todo nuestro mal* (cf. V 2,2). Este hermoso término teresiano *mostrar* nos señala la evolución de la propia Teresa de Jesús:

Desde su juventud cuando *mostraba* el alma a todas las *vanidades* (es decir a las cosas vanas, inconsistentes), aquellas conversaciones que la distraían de lo esencial, las *aficiones* excesivas a personas que le *imprimían* su condición, como si la joven Teresa fuera de cera virgen, y así era en realidad. Por eso, la mujer experimentada, advierte sobre las malas compañías en la juventud y la salvación que constituye la *compañía de los buenos*. No pensemos que es algo anticuado y sin valor, lo dice alguien que lo sabe *por experiencia*.

Hasta llegar a su edad madura cuando su alma sólo está *mostrada* a las aguas de su Esposo Cristo y es éste quién constituye su identidad; «Estando una vez en las horas con todas de presto se recogió mi alma y parecióme ser como un espejo claro toda [...] y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor [...]. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa» (V 40,5).

Cuando esto escribe han pasado muchos años desde aquella confesión, tan íntima, sobre su apasionada amistad juvenil con el cura de Becedas, «le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería» (V 5,4). Ahora, ya en 1565, una mujer *que mira como desde lo alto*, equilibrada y serena, nos hace otra confidencia «ya mi alma la despertó el Señor de aquello que, por no estar yo mortificada ni muerta a las cosas del mundo, me había hecho sentimiento y no quiere su Majestad que se torne a cegar» (V 40,22).

Los años borrascosos, situados entre ambos extremos, han dejado en ella una huella indeleble que va reflejando una y otra vez en sus escritos; quiere que sirvan de aviso para que escarmentemos en ella.

Teresa de Jesús tenía una enorme capacidad de relación, su cruz y su gloria, «tenía la propiedad de la seda dorada, que venía bien

con todos los matices, porque se hacía a la condición de todas»²⁰. Es muy sintomático que, cuando nos habla de las personas importantes en su vida, siempre las describe en términos del afecto que le profesaban: era la preferida de su padre, sus hermanos la querían mucho, su hermana y su cuñado la tenían *demasiado amor*, sus primos, las monjas y compañeras del internado de Santa María de Gracia, su tío, amistades, las monjas de sus monasterios, daba contento en todas partes donde estaba...hasta S. Pedro de Alcántara, que no miraba a las mujeres, le *tenía gran amor*...

Basta leer el *Libro de la Vida* en esta clave para darse cuenta de la importancia del amor en su vida y de los problemas que le causó; el problema no es amar, sino amar desordenadamente, en exceso, *querer que nos quieran* (cf. CV 6,5)²¹. Teresa, una samaritana en Ávila, acudió durante gran parte de su vida a cisternas agrietadas que no retienen el agua; no conocía al verdadero Dios y andaba dividida, *peleando con una sombra de muerte* (cf. V 8,12), entre sus pequeños baales y el Dios que la llamaba con insistencia.

Vivía dos vidas: por un lado Dios y por otro lo cotidiano, «por una parte, me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo», pero con una diferencia: «dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme *atada* las del mundo» (V 7,17). La que ella califica como una *vida trabajosísima, tan destruida, guerra tan penosa*, procedía de que quería combinar todo: una vida espiritual, mediocre, y los *pasatiempos de buena conversación*.

No es un hecho extraordinario, lo vivimos con toda normalidad aunque sea de forma inconsciente, dejamos pasar la vida en la dulce mediocridad, ¡qué venenosa dulzura!, en una existencia falta de radicalidad que nos adormece la conciencia. Es la gran tentación, compartimentos estancos, sin comunicación, la vida parcelada y la infelicidad garantizada, una y mil veces tratamos de llenarnos y siempre tenemos más sed.

²⁰ Cf. *Proceso de beatificación y canonización*, BMC, Monte Carmelo, Burgos 1935, t.II, 497.

²¹ El tema de la afectividad en Santa Teresa está magistralmente tratado en MAXIMILIANO HERRÁIZ GARCÍA, *Solo Dios basta*, EDE, Madrid 1992. Aunque yo expongo el fruto de mi propia lectura de la Santa no podrá menos de haber coincidencias pues le considero mi maestro.

Solo Aquél que nos prometió, «el que beba el agua que yo voy a dar nunca más tendrá sed» (Jn 4,14), es capaz de unificar nuestra vida. Tenía mucha razón Teresa insistiendo en su suplica: «Domine, da mihi aquam» (cf. V 30,19).

TERESA SE ENCUENTRA CON EL DON DE DIOS

En medio de la dramática situación descrita en los capítulos 7, 8 y 9 del *Libro de la Vida*, cuando «deseaba vivir (que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte) y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole» (V 8,12), Teresa se encuentra con el don de Dios.

Solo Él sabe cuál es el momento más oportuno para salir a nuestro encuentro, nos espera siempre, pero hay una condición indispensable para que la relación se establezca y sea definitiva: la confianza, «estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios» (Cf. V 9,3), ¿qué clase de amistad sería si no confiamos en el amigo?

Teresa de Jesús descubrió el don de Dios, lo conoció y lo amó intensamente, dejó que transformara su vida, que la impulsara a tener grandes deseos y a ser, en suma, plenamente feliz, plenamente humana. El don de Dios es Jesús mismo, el don de los dones de Dios, el *amigo verdadero*, el *capitán del amor*, el amor de Dios encarnado, visible, *tratable, humano y divino junto* en palabras de Teresa.

«Páreceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas. Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con Él y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a Su Majestad; que bien entendía yo - a mi parecer le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios como lo había de entender» (V 9,9).

Su imagen de Dios se fue purificando, como nos sucede a todos, para *entender qué es amar de veras a Dios*, y no en nuestra imagi-

nación cuando tenemos por obras y servicios a Dios «unas cositas menudas como la sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se los llevara en el pico» (V 39,13).

«¡Donosa manera de buscar amor de Dios!», diría ella, «y luego le queremos a manos llenas, a manera de decir, tenernos nuestras aficiones y muchas consolaciones espirituales; con esto no viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Así que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro» (V 11,3).

En los tres primeros números de este capítulo 11 nos da unos sabrosísimos y divertidos consejos *para buscar amor de Dios*, tema que ampliará en su obra *Castillo Interior* al describir a las que llama *almas concertadas*, en las terceras moradas.

Se trata de actitudes muy habituales entre los que nos consideramos a nosotros mismos personas espirituales; queremos todo sin arriesgar nada, nos tenemos por muy mortificados y que todo lo hemos dejado por Dios y apenas nos han tocado un punto de honra —hoy diríamos en nuestra imagen—, cuando ya no se nos acuerda que se la habíamos dado a Dios y la reclamamos. Nos creemos personas de oración, virtuosas, llenas de buenas intenciones, hace tanto que leemos el Evangelio y meditamos en cosas sublimes que ya lo sabemos todo. *Canonizamos*, dice Teresa de Jesús, nuestras faltas y opiniones y aún querríamos que los demás hiciesen lo mismo. Somos muy razonables, medimos nuestras buenas obras, los sacrificios que decimos hacer por Dios y por el prójimo de manera que no desestabilicen nuestra *concertada* vida. De nuestra cobardía y mediocridad echamos la culpa a los demás y buscamos quién nos de la razón y se compadezca de nosotros, las pobres víctimas; no, todavía *no está el amor para sacar de razón* (cf. 3M 2,7).

Nunca me canso de leer estas burlonas, suavemente irónicas, páginas, ¡tan realistas! y de reírme con ellas, para luego reflexionar seriamente sobre mi vida de aprendiz de *siervo del amor*; como llama Santa Teresa a los que queremos siquiera «determinarnos a seguir por este camino de oración al que tanto nos amó». Ser siervo del amor es la mayor dignidad a la que podemos aspirar, ella logró serlo una vez que dejó a un lado el *temor servil* (cf. V11,1) que la

movió a entrar en el monasterio de la Encarnación. Siempre mujer de negocios, quería comprar a Dios para ganar la vida eterna pero Dios, que no se deja ganar en generosidad, la estaba esperando para darle la mayor de las sorpresas...

El excesivo amor que Dios nos tiene (CC 14 n.º 3)

Cualquier distraído lector del *Libro de la Vida* sacará la impresión, al terminar su lectura, de que tiene entre sus manos la historia de una mujer totalmente entregada a Dios. Puede que no haya entendido casi nada de los grados de oración, le hayan aburrido las sutiles diferencias entre unión, elevamiento, ímpetus de amor etc... e incluso que se haya saltado algún capítulo, pero percibirá que la mujer que lo ha escrito no relata *su* vida, sino la vida de Dios en ella, porque esa es su verdadera vida.

En efecto, desde la primera a la última página Teresa nos habla de Dios; Dios es el motor de su vida, el hilo conductor de su existencia desde su infancia, «Qué temprano andabais vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos» (Excl 4), el criterio para juzgar sus relaciones personales (amistades que la *allegan* a Dios o la distraen de Él).

Teresa de Ahumada nunca se cansaba de oír hablar de Dios (cf. V 9,12), se define a sí misma como amiga de tratar y hablar en Dios si hallaba con quién (cf. V 6,4). Es Dios lo que va buscando en las otras personas, más intensamente y con menos contaminaciones afectivas según avanza en su relación con Él. Así de Doña María de Briceño le atrae «cuán bien hablaba de Dios» (V 3,1), de su tío que «su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo» (V 3,2), incluso en la peligrosa relación con el cura de Becedas «lo que más gusto me daba era tratar cosas de Él [Dios]» (V 5,4).

Más adelante nos dirá que debemos buscar la compañía de las personas en las que arde con fuerza el fuego del amor de Dios, «gran cosa es un enfermo hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan a padecer y aun a merecer; excelentes espaldas se hacen ya gente determinada a

arriscar mil vidas por Dios» (V 34,16). Éstas son las amistades que nos recomienda la mujer que es capaz de elevarse al amor de Dios porque ha entendido el amor humano²². Fruto espléndido de esta experiencia nos ha dejado en *Camino de Perfección* su enseñanza, Teresa de Jesús siempre maestra a pesar de los *letrados*, sobre lo que llamará el *amor perfecto*, el *que es bien nos tengamos*. Amor que tiene su raíz en el encuentro con la verdad de las cosas y de los seres, cuya motivación es el amor que Dios nos tiene, amor evangélico, «precioso amor que va imitando al capitán del amor, Jesús, nuestro bien» (CV 6,9). Este *apasionado amor* es la clave de sus posteriores amores, así, en 1560, escribe en una Cuenta de Conciencia dirigida al P. Pedro Ibáñez:

«A los que veo más aprovechados y con estas determinaciones [es decir, deseosos de amar y servir a Dios], y desasidos y animosos, los amo mucho, y con tales querría yo tratar, y parece me ayudan. Las personas que veo tímidas y que me parece a mí van atentando en las cosas que conforme a la razón acá se pueden hacer, parece me congojan y me hacen llamar a Dios y a los santos que estas tales cosas, que ahora nos espantan, acometieron; no porque yo sea para nada, pero porque *me parece que ayuda Dios a los que por Él se ponen a mucho, y que nunca falta a quien en Él solo confía*. Y querría hallar a quién me ayudase a creerlo así [...]».

Siempre fue amiga de *ánimas animosas*, de grandes determinaciones, de no ir *a paso de gallina* sino de los que *se lanzan a la mar como San Pedro*. Entre estos que *amaba mucho* se encontraba el P. García de Toledo, uno de los principales destinatarios del *Libro de la Vida*, a quién llama *hijo mío* (cf. V 16,6) y, aún más, le recomienda al Señor en una de las oraciones más simpáticas que, en mi opinión, podemos leer: «mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo» (cf. V 34,8); amigo de Dios y de ella, por supuesto. Si le ha hecho miembro del club de los *amigos fuertes de Dios* es porque ve en él *llamaradas de Dios*; una vez estando con él en un locutorio «era tanto el amor que mi alma y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía a mí casi absorta» (ib).

²² Cf. L. ALONSO SCHÖKEL: «Quién no entiende el amor humano es incapaz de elevarse al amor de Dios», *Introducción al Cantar de los Cantares, Nueva Biblia española*, o.c.

La pasión por Dios es el fuerte lazo de unión con Juan de la Cruz, el hombre celestial y divino²³ (¿qué más se podría decir de alguien?), el padre de su alma²⁴; incluso en su intensa relación con el P. Jerónimo Gracián es Dios *el casamentero*, «tomónos el Señor las manos derechas y juntólas, y díjome que éste quería tomase en su lugar mientras viviese, y que entrambos nos conformásemos en todo porque convenía así» (CC 29).

Dios es el protagonista absoluto de la vida de Teresa, no en balde *intituló* su primera obra, *aquella joya*, «de las misericordias de Dios»²⁵; algunos años después, cuando escriba *Castillo Interior*, nos dirá que «no trata de cosa, sino de lo que es él»²⁶; la vida entera de Teresa de Jesús no ha tratado de otra cosa.

Dicho todo esto conviene puntualizar que su imagen de Dios fue evolucionando, agrandándose, a medida que aumentaba su experiencia. En la infancia heredamos un concepto de Dios: padres, educación, ambiente social etc..., van conformando esa imagen sobre la que después incidirá la gracia, perfeccionando y destruyendo —si nos abrimos a su acción— lo que no es Dios, sino proyecciones de la mente humana. Haciendo un rápido repaso de su vida hasta llegar a su experiencia fundante (cf. V9) podemos seguir mejor esta evolución, siempre matizada por sus exclamaciones y requiebros al Dios que ya conoce cuando escribe el *Libro de la Vida*:

1. Desde su niñez hasta su entrada en el monasterio de la Encarnación

El Señor le había dado «buenas inclinaciones», «padres virtuosos y temerosos de Dios», leía vidas de santos. Con todo este bagaje nada mejor que comprar barata la vida eterna por el martirio, que la «descabezasen» los moros y a gozar «de los grandes bienes que leía

²³ Carta a Ana de Jesús, Ávila, mediados de noviembre de 1578. «No he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo. No creará la soledad que me causa su falta».

²⁴ Carta a las carmelitas descalzas de Beas, Ávila, finales de octubre de 1578.

²⁵ Carta a D. Pedro Castro y Nero, 19 de noviembre de 1581.

²⁶ Carta al P. Gaspar de Salazar, 7 de diciembre de 1577.

haber en el cielo»; vistos los inconvenientes optará por ensayos infantiles de vida religiosa: ermitaña y monja, aunque esto último le gustaba menos (cf. V 1,1-6).

Ya en la adolescencia, aunque se le *comenzaron a enfriar los deseos* de eternidad, hasta los «catorce años y creo que más [...] no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios». Los *livianos tratos* determinan su ingreso en Santa María de Gracia, «no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme con brevedad» (cf. V 2,1-8).

En el monasterio agustino se produce un cambio de vida que sigue siendo interesado: «muchos son los llamados y pocos los escogidos» y si ella era de los escogidos podía acceder al «premio que daba Dios a los que todo lo dejan por él». A pesar de los pesares no desea ser monja, es un pensamiento que va y viene, si acaso al final tuviera que ser monja escogería el monasterio donde está su amiga, ¡del mal el menos! (cf. V 3 1,2).

Salida de allí comienza la época de la *fuerza* de Dios sobre su voluntad, se declara vencida pero con *buenas razones*: «que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo». Siempre tan sincera nos confiesa que «más me parece me movía un temor servil que amor» (cf. V 3).

Recuerda el día que se escapa de su casa para *remediar su alma* en el monasterio de la Encarnación, atribuyendo el natural sentimiento al dejar a su padre a que «no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes». Es decir no hay mezcla de alegría y tristeza, sólo tristeza porque no hay amor de Dios sino temor. Le espera la gran sorpresa, enseguida «me dio un gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura» (cf. V 4,1-2).

2. Joven monja en la Encarnación

Venía al purgatorio y recibe ¡ternura!, su profesión es un *desposorio*, comienza a *recibir grandes mercedes de Dios*; la estatua del

Dios-temor ha comenzado a resquebrajarse pero no lo suficiente, el episodio de la monja enferma de una espantosa enfermedad y la «envidia» de Teresa por la paciencia de aquella es muy ilustrativo: *desea ganar bienes eternos por cualquier medio*. «Aún no tenía amor de Dios, como después que comencé a tener oración» (cf. V 5,2).

Convaleciente de aquella extraña enfermedad que la hizo salir del monasterio, desea sanar para hacer *obras* por Dios e incluso «pensaba algunas veces que, si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así». Le falta confianza en Dios, «este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene» (cf. V 6,5).

3. Una nueva experiencia de Dios

Con su enfermedad psicósomática comienza una nueva relación con Dios: el camino de la oración. Va conociendo a un Dios que «dora las culpas» (V 4,10), la oración le hace entender «qué cosa era amarle» (V 6,3).

Estrena un nuevo temor de Dios, «todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la *mayor era ir envuelto en amor*, porque no se me ponía delante el castigo» (V 6,4). ¡Vaya cambio!, ahora el temido castigo es «la grandísima pena que había de sentir de haberle ofendido como un gran castigo» (ib).

El justo juez a quién quería sobornar con una vida de penitencia y devoción le ha mostrado su verdadero rostro, «con regalos grandes castigabais mis delitos» (V 7,19).

Un amor que desatina (cf. MCC 1,7)

Parecería que hemos abandonado a nuestra Samaritana, nada más lejos de la realidad, las dejamos a ambas, la israelita y la abulense, en el mismo punto: el encuentro con Cristo, el don de Dios, que ha derribado por tierra la imagen del Dios lejano, inaugurando una nueva relación con Él. Una relación personal, de íntima amistad, apasionada y auténtica, que hace comprensible el nuevo culto

debido a Dios: «con espíritu y verdad pues de hecho el Padre busca hombres que lo adoren así. Dios es espíritu [...]» (Jn 4,23-24).

J. Mateos comenta así estos versículos: «El espíritu ha sido simbolizado por el agua viva, que es el don de Jesús. Agua que mana del costado abierto, el amor que Jesús demuestra dando su vida [...] «*De su plenitud todos nosotros recibimos ante todo un amor que responde a su amor*» (Jn 1,16), por lo tanto «Dar culto al Padre es colaborar en su obra creadora, estando a favor del hombre. Jesús, antes de ser llamamiento, ha sido para la samaritana oportunidad de ejercitar ese amor. De ahí que, para ella, ha llegado la hora de dar ese culto y de recibir el Espíritu»²⁷.

Para *las samaritanas* ha llegado la hora de responder plenamente a un Dios que ama *desatinadamente* al ser humano y que busca urgentemente quien colabore con Él, «¿En qué seré para vos, mi Dios? [...] Él nos da licencia para que pensemos que él tiene necesidad de nosotros, este verdadero Amador, Esposo y Bien mío. Pues da licencia, tornemos, hijas, a decir: *Mi Amado a mí y yo a mi Amado* ¿Vos a mí, Señor? Pues si vos venís a mí, ¿en qué dudo que puedo mucho servir? Pues de aquí adelante, Señor, quíerome olvidar de mí y mirar sólo en qué os puedo servir y no tener voluntad sino la vuestra» (cf. MCC 4,11-12).

Dios es espíritu, dinamismo de amor, Dios es libertad, *viento que sopla donde quiere* (Jn 3,8); Teresa samaritana ha sido liberada por Cristo; mujer al fin, ha sido cautivada por la belleza de Dios: «De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura [...] Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta *libertad* en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía. Ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada en comparación del que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuánto más tantas» (V 37,4).

Engolfada en Dios, *desatinada*, *llegada a esta boca divina y sustentada con estos pechos celestiales* (cf. MCC 5,1) exclamará:

²⁷ J. MATEOS, o.c., 243.

«¡Oh Hermosura que excedéis a todas las hermosuras! Sin herir, dolor hacéis, y sin dolor, deshacéis el amor de las criaturas» y, en carta a su hermano Lorenzo²⁸, comenta «cuando de veras está tocada el alma de este amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que tiene a las criaturas. Digo de arte que esté el alma *atada* a ningún amor».

Tal vez no todos hayamos experimentado esa herida de tan sabroso dolor, puede que los fenómenos místicos nos sean ajenos, objeto de admiración o de rechazo. No importa, todos podemos amar e incluso tener éxtasis, si entendemos por tal el movimiento de amor gratuito que nos saca de nosotros mismos para ocuparnos de los otros, sobre todo de los excluidos, los desechados y los despreciados. La verdadera vida mística es vivir la misma vida de Cristo; a esta progresiva configuración con Él nos ayudan todas las gracias místicas que podamos recibir.

Mientras trato de caminar por este sendero confieso que, a mí me consuela mucho repetir esa bellísima copla en mi oración personal, porque creo que el lenguaje apropiado al amor es la poesía.

El poder de evocación de la poesía es inmenso, expresa lo inexpressable, es capaz de poner palabra a lo inefable; el lenguaje místico, que es lenguaje de amor, está plagado de símbolos, ¿cómo se puede hablar de amor si no es con símbolos? Por eso Teresa de Jesús tiene que servirse de ellos y ha tomado el Cantar de los Cantares, los *Cánticos* dice ella, para darnos a entender lo que pasa entre el alma enamorada y su esposo Cristo, «¡que tampoco nos hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor!» (MCC 1,8).

Este Señor, comparado a un *divino manzano*, se abaja hasta nosotros, inclinando sus doradas ramas llenas de fruto, dulce fruto que pone en nuestra misma boca, árbol que da *sombra celestial*; la sombra, inseparable del cuerpo, que hace que surja en mí el anhelo de ser la sombra de Cristo «¡Oh almas que tenéis oración, gustad de todas estas palabras!» (cf. MCC 5,2).

Un amor tan encendido, nos recuerda Teresa, es apostólico, «aprovechan otras almas» (MCC 6,12), es un amor maduro que se abre a los demás y se convierte en oblación y fuerza capaz de cambiar el

²⁸ Carta a D. Lorenzo de Cepeda. Ávila, Toledo 17 de enero de 1577, 9.

mundo, un amor que pone en su sitio todos los demás amores, «*Ordenó en mí el Rey la caridad*. Tan ordenada que el amor que tenía al mundo se le quita; y el que a sí le vuelve en desamor; y el que a sus deudos queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que a los prójimos y el que a los enemigos no se podrá creer si no se prueba; es muy crecido; el que a Dios tan sin tasa [...]» (MCC 6,13). Amor que nos hace ser *espirituales de veras*, es decir esclavos de Dios, al que le hemos dado la libertad, la que Él nos dio y que tanto tardamos en aceptar; para eso era, para darnos a los demás *marcados con su hierro que es el de la cruz*, disponibles para todo lo que el Amor disponga (cf. 7M 4,8). Como ejemplo de este amor Santa Teresa nos propone, precisamente, a la Samaritana (cf. MCC 7, título).

TERESA, LA SAMARITANA, MARTA Y MARÍA

Cuando verdaderamente se ha conocido el don de Dios, cuando se ha bebido con ansia, *sin temor a perder la vida de beber tanto* (cf. MCC 6,3), cuando se está *perdida de sí, enajenada por amarlo, emborrachada de aquel vino celestial* (cf. MCC 7,5)... entonces se oyen, con los oídos del alma, aquellas palabras divinas que tantas veces escuchó Teresa: «ya eres mía y yo soy tuyo» (cf. V39,21).

Viviendo una tal unión sólo se puede atender a *las cosas de Dios* y éstas, no hay duda posible, son los hombres; por eso en el último capítulo de ese pequeño, gran libro que es *Meditaciones sobre los Cantares*, Teresa de Jesús nos certifica que en la cima de la contemplación se vive, más que nunca, en la acción. Marta y María, dice ella, se tornan una sola y obran casi juntas, «porque en lo activo, y que parece exterior, obra lo interior» y las obras que salen de esta raíz del amor de Dios son por solo Él, sin ningún interés propio, «ni se acuerdan si perderán ellos, la ganancia de sus prójimos tienen presente, no más» (cf. MCC 7,3-5).

Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, han insistido en que la oración es fuente inagotable de amor al prójimo, de apostolado, invitando a toda la Iglesia a un renovado compromiso de oración (cf. *Deus caritas est*, 36; *Novo Millennio Ineunte*, 38), porque el amor que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones retorna a Dios convertido en amor apostólico.

Acuérdome ahora de lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana (MCC 7,6)

A estas alturas de su vida Santa Teresa ha experimentado ya lo que nos viene diciendo, todos los *regalos y mercedes* que Dios le ha hecho son para hacer obras por Dios, acudiendo a las necesidades de los prójimos. Eso sí, cada cual según su carisma y el puesto que ocupa en el cuerpo místico de Cristo, pero toda acción debe nacer de una profunda contemplación, alimentada en la oración con la Palabra de Dios y por supuesto con la Eucaristía, o se convertirá en simple altruismo que se agotará por sí mismo.

En su particular *lectio divina* de la perícopa evangélica, Teresa de Jesús se ve reflejada en la «santa Samaritana»: «qué herida debía estar de esta hierba, y *cuán bien había comprendido en su corazón las palabras del Señor, pues deja al mismo Señor por que ganen y se aprovechen los de su pueblo*, que da bien a entender esto que voy diciendo; y en pago de esta gran caridad, mereció ser creída y ver el gran bien que hizo nuestro Señor en aquel pueblo» (MCC7,6). Ambas, Teresa y la Samaritana, se funden en una sola mujer, porque en la figura joánica ha depositado sus ansias y deseos, sus más profundos anhelos, «*paréceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra ver uno almas aprovechadas por medio suyo*» (ib.). Sin lugar a dudas lo consiguió durante su vida terrena, pero no ha quedado ahí su labor; a través de los siglos nos llama a grandes voces, como tantas veces deseó hacerlo si su condición de mujer no se lo hubiese impedido, para que nos acerquemos a ese hombre que le dijo todo lo que había hecho, le descubrió su infidelidad y la sedujo hablándole al corazón.

Nada podría satisfacerla tanto como que la respuesta de sus lectores, nosotros, los nuevos samaritanos, fuese como la de los de antaño a su hermana de Samaria: «ya no creemos por lo que tú nos cuentas; nosotros mismos le hemos oído y sabemos que él es realmente el salvador del mundo» (Jn 4,42). Ella nos ofrece lo que tiene: su propia experiencia de Dios, no para que la admiremos como se admira lo irrepitable, sino para animarnos a hacer la nuestra, porque siempre deseó con todas sus fuerzas acercar a Dios, de todas las maneras que pudiera, a cualquier ser humano (*allegar al-*

mas a Dios). Y es que el que se ha encontrado con Jesús se convierte, aunque no quiera, en un testigo, un evangelizador cuya fe comprometida contagia.

Hay quién dice²⁹ que hay muy poca agua viva en nuestras iglesias, algo falla entonces. No sé si las catequesis, los planes pastorales, las programaciones de todo tipo parten de un encuentro personal con Jesús vivo y vivificante, si hemos perdido capacidad de entusiasarnos y entusiasmar. Sin duda la solución no es simple pero tal vez sería bueno prestar atención a estas palabras de Benedicto XVI, por cierto perfectamente aplicables a Santa Teresa: «En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos [...]

[el amor como el de Dios] se alcanza merced a la unión íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial del que manarán torrentes de agua viva» (Deus caritas est, 42).

¡Acerquémonos al manantial de Teresa!, ella nos guiará hacia la fuente originaria, el manantial de la Vida. Algunos beberán a raudales y otros como en *charquitos para niños porque nos asustamos al ver tanta agua...* (cf. CV 20,2). Sigamos su consejo, *Mirad que convida el Señor a todos*, laicos, casados y solteros, sacerdotes y religiosos, creyentes y no creyentes, mujeres y hombres, de cualquier edad, raza, condición social, partido político; *a todos*.

«¡Oh cristianos e hijas mías! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle; en ésta comienza la paga» (MCC 4,8).

CONCLUSIÓN

Es esta una conclusión poco erudita y muy personal, nacida de mi propia experiencia, y es que, a medida que he ido pensando y escribiendo sobre la Samaritana, me he convencido de lo que es evidente: el suyo es el relato de los buscadores de Dios.

²⁹ JOSEF BLANK, o.c.

Se escribió, fuese cual fuese la primitiva intención del evangelista, para alguien como Teresa, alguien como yo. Para todos los que llevamos dentro el ansia de la felicidad, la sed de lo infinito, del amor sin límites, sin fecha de caducidad. Los que nos identificamos con el *para siempre, siempre, siempre* de Teresa niña, una repetición que hace surgir ante nuestros ojos, brotando del interior, un mundo de inmensas posibilidades apenas atisbadas pero reales, al alcance de la mano, porque son un regalo de aquel hombre extraño, diferente a todos, que en un mediodía ardiente de nuestra vida nos pidió, ¡Él a nosotros!, un poco de agua para beber... *A todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino no les faltará esta agua viva* (cf. CV 19,15). Para ellos han sido escritas estas páginas.